



CEU

*Universidad
San Pablo*

Apertura Curso Académico 2019-2020

¡No necesito cerebro, ya soy General! La Historia Militar en España

Luis E. Togores
Doctor en Historia Contemporánea
Universidad CEU San Pablo



CEU | *Ediciones*

¡No necesito cerebro, ya soy General!

La Historia Militar en España

Luis E. Togores

Doctor en Historia Contemporánea

Universidad CEU San Pablo

Universidad CEU San Pablo

¡No necesito cerebro, ya soy General! La Historia Militar en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2019, Luis E. Togores

© 2019, Fundación Universitaria San Pablo CEU

Maquetación: Pedro Coronado Jiménez (CEU *Ediciones*)

CEU *Ediciones*

Julián Romea 18, 28003 Madrid

www.ceuediciones.es

Depósito legal: M-30016-2019

El polémico pero exitoso Arturo Pérez Reverte ha afirmado: «La guerra es el estado natural del hombre».

Hace algún tiempo, mi buen amigo el general de Caballería Carlos Bravo Guerreira me contó la siguiente anécdota militar. Durante la batalla de Austerlitz un regimiento de coraceros franceses cargó cuesta arriba en la colina de Pratzen sobre una posición austriaca protegida por artillería e infantería. Los caballos resoplaban subiendo a la carrera la pronunciada pendiente, soportando una lluvia de fuego y metralla que causaba muchas bajas entre sus filas. Los coraceros, finalmente, lograron subir la colina y pasaron a cuchillos a infantes y artilleros austriacos que no pudieron resistir el ímpetu de su carga.

Los coraceros franceses tomaron la posición, pero las bajas que habían sufrido eran enormes, entre ellas la de su propio coronel. Éste había recibido un tiro en la cabeza que le había atravesado el casco produciéndole una fea herida en el cráneo que dejaba escapar su masa encefálica. Napoleón, que había visto el heroísmo de sus soldados, envió a uno de sus edecanes, un ayudante, para felicitar a su coronel:

— Mi Coronel, el Emperador ha visto el heroísmo de sus hombres y vengo para informarle de que el Emperador ha decidido ascenderle a general sobre el mismo campo de batalla. Enhorabuena, mi general.

El ya general, muy mal herido, apoyado en la rueda de uno de los cañones austriacos que acaba de tomar, solo pudo decir con muy poca voz, ¡gracias! Uno de sus oficiales le comentó:

— Que pena, mi coronel, llegar al generalato ahora que tiene usted, mi general, esa fea herida en la cabeza por la que se le escapan los sesos.

El ya general de Caballería contestó:

— ¡No importa, no necesito cerebro, ya soy general!

Esta anécdota, que no sé hasta qué punto es verídica, pero que gusta mucho a los oficiales de caballería, es una buena alegoría de lo que piensan ciertos historiadores profesionales sobre la Historia Militar. Pero la Historia Militar, la buena y vieja Historia Militar, y la Nueva Historia Militar, es otra cosa, algo muy distinto a esta buenísima anécdota castrense.



Este cuadro fue presentado por Ulpiano Checa en la Sociedad General de Bellas Artes de París en 1895. Recrea el pasaje de *Los miserables* de Víctor Hugo, (1862) en el que se relata la caída de los soldados franceses en una zanja durante la batalla de Waterloo. «El poeta ha hallado en este pintor el traductor más épico que jamás podría haber encontrado». (*Le Matin*. París, 25 de enero de 1895).

La guerra suele definirse como la ruptura del estatus social por medio de la fuerza. El resquebrajamiento de las normas sociales de transacción y diálogo que ésta conlleva. Y es que, aunque sea difícil de entender para muchos, la guerra es una de las características principales de la civilización. Es siempre política como sostenía el filósofo español Gustavo Bueno. Contraponer guerra y paz como salvaje y civilizado, es un error. No existen guerras como tales en la naturaleza. Es un fenómeno profundamente humano, íntimamente relacionado con lo que somos y el desarrollo que, como especie, hemos logrado alcanzar. La guerra es un proceso brutal y peligroso pero que forma parte de nuestra especie.

Hace ya casi medio siglo, cuando los aspirantes a historiador eran aleccionados en las aulas por sus profesores más jóvenes, los incombustibles PNNs, cuando estos aludían a la Historia Militar, indefectiblemente aparecía en su cara un gesto de desprecio. Este colectivo docente afirmaba con convencimiento ante sus alumnos, henchidos en muchos casos de suficiencia marxista, que la Historia Historia, la verdadera Historia, solo era la Historia Económica y la Historia Social, pues el único verdadero protagonista del pasado era el proletariado inmerso en su lucha milenaria contra la burguesía y el capitalismo, la lucha de clases. El individuo no existía como tal para ellos. Palabras como empresarios, burguesía, libertad de mercado, etc. eran sinónimos del mal. En aquellos tiempos todavía no se había descubierto ese nuevo término moderno y progresista que es emprendedor y que, en la actualidad, es claramente positivo. Por su puesto que nadie, historiadores o no, empleaba ya palabras en España como honor, valor, caballerosidad, patria o nación, que habían sido y son sustituidas por términos tan ambiguos como el de país, aunque faltaba aún algún tiempo para la llegada de ELLOS y ELLAS.

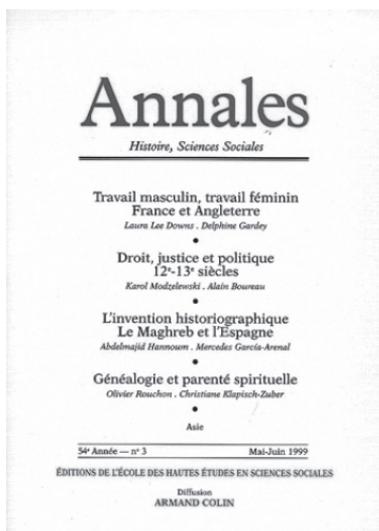
Los efectos de las dos guerras mundiales y de la Guerra Civil española habían provocado un desencuentro entre la Historia General y la Historia Militar que, en buena medida, habían caminado hasta entonces estrechamente unidas, un desencuentro sancionado por la Escuela de Annales y su entonces nueva visión del estudio del pasado. Un hecho que, con la salvedad de Gran Bretaña y por extensión los Estados Unidos, sirvió para desprestigiar a la Historia Militar en el mundo académico. El materialismo histórico, el estructuralismo histórico francés y la cliometría¹ de raíz norteamericana iban a vivir, desde los inicios del siglo XX, su edad de oro.

El éxito, la popularidad de la Historia Social y Económica llegará académicamente a España desde Francia, fundamentalmente de manos de la Escuela de los Annales, una corriente historiográfica fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch en 1929 y que dominará, prácticamente, toda la historiografía francesa de buena parte del siglo XX y que tendrá enorme difusión e influencia en el mundo occidental no anglosajón y, muy especialmente, en los siempre impresionables

¹ La cliometría es la metodología de análisis que utiliza de manera sistemática la teoría económica, la estadística y la econometría para el estudio de la Historia económica. El término lo acuñaron en los años sesenta Jonathan R. T. Hughes y Stanley Reiter. Su nombre deriva de *Clio*, musa griega de la Historia, y *metría*, medición. En 1993, el Premio Nobel de economía recayó en Robert Fogel y Douglass North, en parte por su contribución al establecimiento de la cliometría, en particular «por haber renovado la investigación en historia económica al usar la teoría económica y de métodos cuantitativos para explicar el cambio institucional y económico».

jóvenes profesores de Historia de Madrid y Barcelona, muy atentos a todo lo que venía del otro lado de nuestras fronteras. Recuerden que en España hasta los años ochenta, en los pocos colegios en los que se daban clases de idiomas, el francés triunfaba sobre el inglés en cifras que ahora nos parecerían increíbles.

La Escuela de los Annales toma su nombre de la revista francesa *Annales de historia económica y social* (*Annales d'histoire économique et sociale*), después llamada *Annales. Economías, Sociedades, Civilizaciones* (*Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*) y, nuevamente renombrado, en 1994, como *Annales. Historia, Ciencias sociales* (*Annales. Histoire, Sciences sociales*), en donde los seguidores de esta importantísima escuela de pensamiento publicaban sus planteamientos y formas de ver y hacer historia.



La *Corriente de los Annales* se caracterizaba por haber desarrollado una Historia, que ya no se interesaba por el acontecimiento político y el individuo como protagonista del trabajo del historiador, sino por los procesos y las estructuras sociales, mediante el empleo de las herramientas metodológicas propias de las Ciencias Sociales.

El historiador seguidor de *Annales* escribía historia desde planteamientos de problemas que resolver o preguntas que contestar, postura supuestamente copiada de las ciencias naturales y de las ciencias exactas y, en segundo término, de las sociales. Además, a diferencia de la historiografía clásica, estos autores

tomaron conciencia de que no estaban escribiendo sobre el pasado, reproduciéndolo fielmente, sino interpretándolo, partiendo de sus propios conceptos y subjetividades, así como de sus propias teorías, para escribir «su» versión del fenómeno histórico sobre el que trabajaban.

En cuanto a las fuentes, Annales amplió el abanico de recursos de los que hasta entonces a los historiadores les parecía legítimo disponer. Si bien los documentos escritos siguieron siendo un elemento muy importante en su base empírica, los seguidores de la Escuela de Annales incluyeron todos aquellos elementos que pudieran dar evidencia útil a su investigación. Así, la hoz hablaba del campesino, el vestido de la dama y el acordeón del músico. Nacía una historia geográfica, social, económica, cultural, demográfica, psicológica, etnográfica y marginalmente política, esta última en un sentido distinto al clásico.

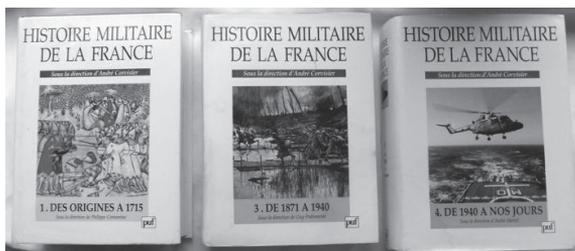
En la Francia de los setenta, cuando Annales triunfaba en España junto al materialismo histórico, comenzaba a abandonarse el modelo único estructuralista que estudiaba fundamentalmente la historia económica, demográfica y social. Un antiguo miembro de la Escuela de Annales, George Duby, junto a nombres como Jacques Le Goff, recuperó el interés por la Historia Política planteándose el término de «nueva historia», que triunfó arrojando a historias nuevas especializadas como la Historia de las Mentalidades. La Nueva Historia llegaría lentamente a España en los años noventa.

Si en Europa la historia estaba cargada de ideología en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, como consecuencia del éxito del materialismo histórico, podemos afirmar que, desde finales del siglo xx hasta la actualidad, las cosas han cambiado poco a poco. Se ha producido una progresiva pérdida en la historiografía occidental del peso de las ideologías en los estudios y análisis del pasado en favor de un pragmatismo más científico y auténticamente académico. Estos cambios afectaron muy positivamente a la Historia Militar que se fue poco a poco separando de la Historia Política y adoptando nuevos campos de estudio e investigación propios.

En Inglaterra en los años de éxito de la Escuela de Annales surgía con fuerza la Nueva Historia Militar sobre los cimientos de la vieja y buena Historia Militar, que allí siempre había gozado de mucho prestigio, de manos de historiadores como John Keegan, Peter Paret, Michael Howard, Jeremy Black o Geoffrey Parker.

Al mundo académico anglosajón pocas influencias llegaban desde el otro lado del Canal, mientras que en Francia sí se seguían los nuevos planteamientos historiográficos que se estaban urdiendo en lengua inglesa, entre otras las nuevas

tendencias de la Historia Militar. Historiadores galos como André Corvisier comenzaron a realizar estudios con los nuevos planteamientos sobre el ejército francés de finales del siglo XVII. A estos siguió una fuerte corriente de renovación de los planteamientos y formas de tratar la historia militar en Francia, lideradas por autores como Contamine, Martel, Coutau-Begarie.



Mientras que fuera de nuestras fronteras la historiografía evolucionaba, en España triunfaba, junto con la llegada tardía de Annales, entre los más jóvenes profesores de Historia, la interpretación del pasado desde la óptica del materialismo histórico fruto de un pseudo marxista coyuntural.

Muerto Franco, gobernando una UCD repleta de ex franquistas reconvertidos a la nueva fe de la democracia, en las aulas de la Universidad ya se vislumbraba la hora en la que los socialistas, más tarde o más temprano, iban a formar su primer gobierno de la Transición, cosa que ocurrió en 1982. Con la UCD y luego con el PSOE llegaría lo que se llamó gobierno de los PNNs.



Los cambios que se estaban produciendo en la sociedad española se vieron perfectamente reflejados en la Universidad, especialmente en las facultades de Letras y, como no podía ser de otra forma y por doble motivo, uno histórico y otro político, en las aulas de las Facultades de Geografía e Historia de toda España. La Historia Económica y la Historia Social se vieron lanzadas al estrellato.

Las barbas y las trenzas hicieron furor en las facultades de Letras, frente a los escasos *loden* de los estudiantes de la entonces Alianza Popular o las temibles botas militares, las chupas negras y las guerreras verdes paramilitares de la minoritaria pero belicosa extrema derecha. Franco ya había muerto y los más empecinados luchadores antifranquistas -muchos de ellos de salón, con biografías justificadas por alguna carrera ante los grises y, como afirmó un profesor amigo de Periodismo, por haberse escondido en el hueco de la escalera de su facultad ante el temor a las porras de la Policía Armada-, vieron en el socialismo académico su futuro. Cuando en Europa la forma de estudiar y ver la Historia empezaba a cambiar, muchos historiadores españoles, políticamente correctos, se lanzaron con vehemencia en brazos de la Historia Social y Económica sin muchos miramientos.



Por favor, no se entienda que reniego de la importancia de la Historia Económica y Social, sólo afirmo que estas historias especializadas no eran ni son una religión ni verdades absolutas, sino una parte de las historias especializadas que nos ayudan a intentar alcanzar esa meta casi imposible que es la verdad histórica.

En aquel ambiente de certezas y verdades incuestionables que nos enseñaban en los ochenta muchos de nuestros profesores más jóvenes y algunos no tan jóvenes, pocos disidentes se atrevían a reivindicar la importancia y el futuro de algunas nuevas historias especializadas como la Historia de las Relaciones Internacionales, que en Francia tenía cierto predicamento de manos de Pierre Renouvin, y cuya defensa parecía una herejía menor que adscribirse a la Historia Militar. Esta actitud mínimamente irreverente, que mostraba un cierto grado de disidencia y de frescura intelectual se oponía a la historia que iba camino de oficializarse con aires funcionariales y que triunfaba sin casi disidencia. Debemos recordar que en aquellos tiempos en el Parlamento Español se discutió –poco– y se votó que el alzamiento militar del 18 de julio de 1936 era un golpe fascista. Votación que se produjo al margen de los debates entre historiadores sobre el tema. Decisión que convertía el pasado en noticia y problema de rabiosa actualidad política. De estos planteamientos estatistas, donde la clase política ya se erigía como única representante de la sociedad y de la «verdad», viene la actual ley de Memoria Histórica y la próxima ley de Memoria Histórica Democrática.

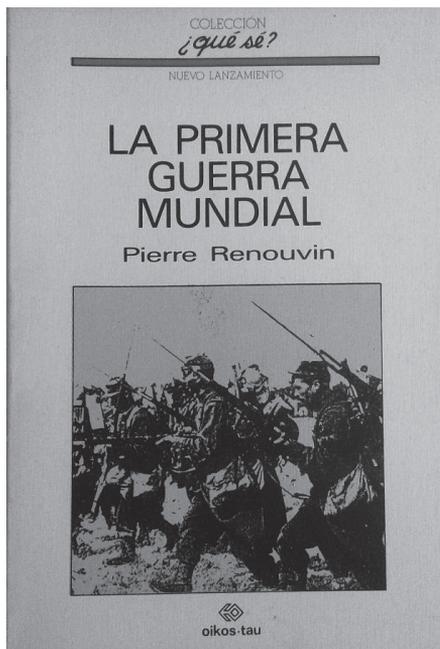
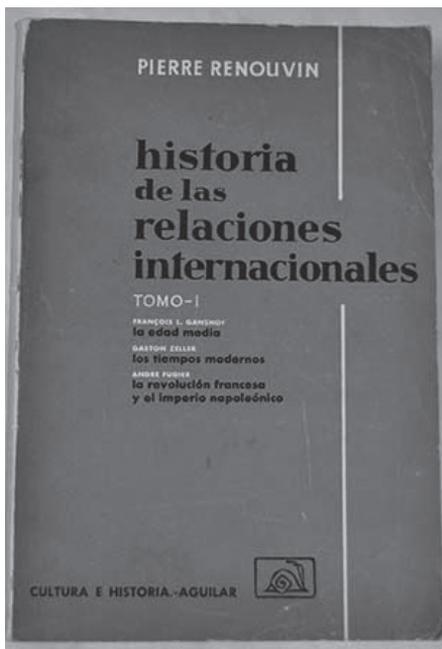
Los estudios históricos de los setenta, ochenta y principios de los noventa se centraban fundamentalmente en cuestiones sociales, económicas o sindicales, como los trabajos de Carlos Forcadell *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español 1914-1918* o los de Teresa Carnero, *Expansión vinícola y atraso agrario 1870-1900*. En la actualidad estos trabajos han perdido fuerza e interés. ¡Ya nadie los lee ni los cita salvo algún super especialista en el mismo tema!

De todas las historias especializadas, viejas y nuevas, la Historia Militar era la que académicamente estaba más estigmatizada. A mediados de los ochenta te podías encontrar, con relativa facilidad, con algún profesor en un tribunal de tesis o de oposición que directamente afirmase que historias especializadas como las Relaciones Internacionales, y ni que decir tiene la Historia Militar, no interesaba a nadie, planteando si, verdaderamente, servían para algo. La, entonces, muy de moda en Inglaterra Historia de la Guerra, ni se conocía ni se quería conocer en España, pues «eso» no era verdadera historia.

Pronto la Historia de las Relaciones Internacionales empezó a tener cierto recorrido y algunos seguidores en España, lo que rompió la imagen de autoridad única que tenía la Historia Social y Económica de inspiración marxista. Es verdad que este cambio no supuso una ayuda directa en España para la Historia Militar, aunque fuera de nuestras fronteras sí lo fue. Pierre Renouvin, uno de los más famosos expertos extranjeros en España en Historia de las Relaciones Internacionales, que había combatido en la I Guerra Mundial, siendo mutilado

en la batalla de Chemin des Dames, en la primavera de 1917, centró su interés en el estudio de la I Guerra Mundial, principalmente en lo relativo a las relaciones internacionales. Renouvin se dio cuenta de que no se podía estudiar Historia de las Relaciones Internacionales sin fijar la atención de forma directa en la guerra y en todo lo que ocurría en torno a ella, así como en sus consecuencias.

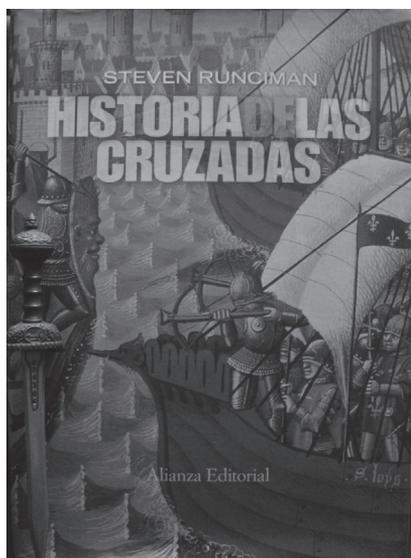
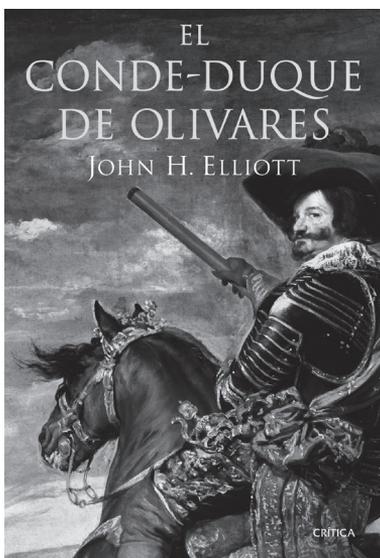
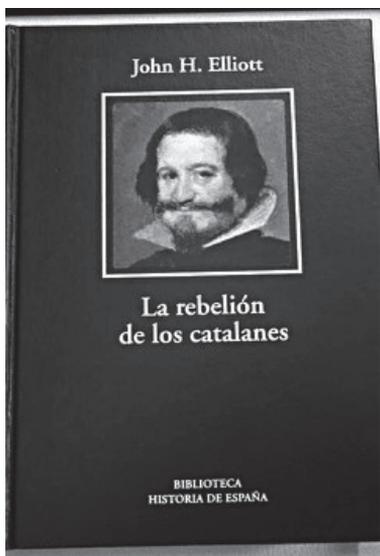
Renouvin estaba influenciado por la Escuela de los Annales, aunque sin caer en el integrismo historiográfico en el que se precipitaron algunos de sus colegas de Francia y luego de España. En cualquier caso, su ejemplo supuso un soplo de aire fresco para un sector de historiadores españoles, principalmente en la Complutense madrileña, y de manos del profesor Jover Zamora y sus discípulos, que vieron en la Historia de las Relaciones Internacionales una forma de trabajar en Historia sin necesidad de profesar la nueva religión oficial de la entonces historiografía más popular, y sin tener que pagar el peaje de desprestigio que injustamente arrastraba la vieja Historia Política y Militar positivista.



La relativa brisa y frescura intelectual que supuso el inicio del estudio la Historia de las Relaciones Internacionales en España no supuso ningún cambio inicial en la valoración que se tenía de la Historia Militar en las aulas, aunque su llegada ya supuso una fractura en la monolítica y sectaria historiografía marxista. La Historia Militar siguió estando excluida del mundo científico, especial en la Historia Contemporánea, ya que como señalaban sus numerosos detractores, los cañones y las batallas carecían de verdadero interés para comprender el devenir de la Humanidad, sobre todo en unos momentos en los que la Revolución Rusa de 1917 y sus consecuencias, la aparición de las Internacionales y los procesos de descolonización parecían haber marcado el futuro del mundo en pleno contexto de la Guerra Fría.

En las tarimas universitarias se afirmaba sin pudor que eso de las batallas y de las guerras carecía de valor histórico, especialmente porque se circunscribía la Historia Militar solo a batallas y combates, táctica y poca estrategia, sin atisbar todo lo que estudia y analiza en la actualidad la Historia Militar, y se ignoraba el enorme peso académico y científico que esta especialidad tenía fuera de nuestras fronteras. En muchas tarimas se afirmaba que su estudio era cosa del pasado, argumentando su aire rancio, *rankeniano*, poco académico e incuestionablemente franquista.

Es necesario reconocer que estos posicionamientos historiográficos que triunfaban de forma mayoritaria, no absoluta, entre los especialistas en Historia Contemporánea españoles no lograban un éxito tan abrumador entre sus colegas que estudiaban otras etapas de la historia. En el campo de la Historia Moderna, de la Medieval y de la Antigua, que tampoco se habían librado del impacto que la historiografía marxista tenía en aquellos años, su espíritu monopolista tenía mucha menos fuerza. Si el autor de ciertos trabajos de investigación era de fuera de nuestras fronteras la cosa podía cambiar sustancialmente. En las bibliografías que se entregaban a los alumnos aparecían títulos como *La Guerra de Sucesión en España 1700-1715* de Henry Kamen para los estudios de Historia Moderna. En Historia Medieval estaba la imprescindible *Historia de las Cruzadas* de Steven Ruciman. A estos títulos se unían los trabajos de Geoffrey Parker, René Quatrefages o John H. Elliott, este último autor de libros tan incorrectos como *La España Imperial*, *La revuelta de los catalanes* o *Catalanes y escoceses: Unión y discordia*, un autor que incluso se atrevía a escribir una biografía del *Conde Duque de Olivares*. En la España castiza de los ochenta un apellido extranjero allanaba muchos problemas de índole historiográfica.



Ni que decir tiene que también en estas fechas estaba proscrita la biografía –ayer y hoy tan de moda– en las bibliografías de los programas de casi todas las asignaturas, pues un individuo, él solo, no era, en ningún caso, capaz de influir, de mover ni un milímetro el camino que se había trazado la Humanidad en su conjunto.

Luis Velasco Martínez, de la Universidad de Santiago de Compostela, señala que en nuestro país «las tendencias historiográficas dominantes en la Universidad española eran la Marxista»² en los ochenta, mientras en Europa esta línea de pensamiento había quedado ya superada, marchando la reflexión y análisis de la historia por otros derroteros.

Esta realidad española tenía su razón. Ayer al igual que hoy en España, casi todo estaba ligado de forma inseparable a una sociedad construida, inicialmente, por la generación que luchó en la Guerra Civil y su desaparición, ejemplificada, en la muerte del general Franco. Su desaparición debía suponer y supuso un cambio en el modo de ver y hacer las cosas. Una nueva realidad que comenzó en 1976 y que se prolonga hasta la actualidad a pesar de haber pasado casi medio siglo de la muerte del Generalísimo.

Como hemos señalado, durante los primeros años de la Transición en la Historia Contemporánea las cosas iban mal para los estudios relativos a la guerra y la milicia. La Guerra Civil era omnipresente, aunque todavía no se había convertido en el campo de batalla historiográfico sin piedad que es en la actualidad. En la licenciatura de Geografía e Historia, hace cuarenta años, para estudiar la Guerra Civil española, la bibliografía propuesta era de autores extranjeros como Hugh Thomas, que aportaba una síntesis simplista de la guerra, pero con el certificado de estar hecha por un historiador extranjero. Historiadores españoles como Ricardo de la Cierva o los hermanos y generales Salas Larrazábal o el coronel Martínez Bande eran ignorados, acusados, probablemente con cierta razón, de ser excesivamente «comprensivos» con el bando franquista, lo que por otra parte no quitaba rigor, importancia e interés cierto a sus trabajos, investigaciones y escritos. La *Historia de la Cruzada*, una obra fundamental, aunque sólo sea por los datos que aporta sobre el final de la II República, el alzamiento militar del 18 de julio y el comienzo de la guerra desde la óptica de los sublevados, académicamente no existía y como ésta muchas otras obras de indudable interés.

La muerte de Franco propició el éxito definitivo de la Historia Social y Económica que poco tenía que ver con la que se estudia hoy en las facultades de Economía y de Historia. En estos años primeros de la Transición, triunfaba historiográficamente el magisterio sobre muchos jóvenes docentes del cenáculo que lideraba Tuñón de Lara y sus más allegados discípulos. España votaba a la UCD de Adolfo

² Velasco Martínez, L. (2011) «La necesidad de formación historiográfica para el profesorado de historia: nuevas tendencias historiográficas en Historia Contemporánea», *Clio* 37, <http://clio.rediris.es> (ISSN: 1139-6237).

Suárez y de Rodolfo Martín Villa, pero en las aulas, por debajo de prestigiosos catedráticos, los PNNs controlaban el día a día de la universidad y, sobre todo el futuro, por evidentes motivos cronológicos.



Al principio de la Transición grandes maestros impartían su magisterio, como el citado profesor Jover o don Vicente Palacio, pero su tiempo había pasado, rebasados por una enorme masa de jóvenes profesores, muchos de ellos llegados a la universidad de manos de estos maestros, que estaban convencidos de su supremacía académica, modernidad y progresismo historiográfico.

Algunos de los catedráticos que venían del franquismo, como Rodríguez Casado o Vicente Cacho Viu, muchos de ellos miembros del Opus Dei, fueron los mayores valedores para que estos marxistizados PNNs entrasen en la universidad.

El siempre sorprendente Cacho Viu elegía, dada su categoría académica y antigüedad, la asignatura de *Historia de España del siglo XX* para explicar, exclusivamente, año tras año, *Historia de España del siglo XIX*.

Cacho era un hombre brillante y singular. En un concurso de méritos llegó a decirle a un joven profesor no marxista que injustamente no había obtenido la plaza que, por méritos le correspondía, en el departamento en el que Cacho era cacique, y que le fue entregada a un miembro de la corriente político-académica predominante, pero con menos curriculum, lo siguiente:

— ¡A usted siempre le quedará el prestigio de haber sido víctima de una injusticia!

Por cierto, aquel joven profesor se convirtió con el paso del tiempo, de bastante tiempo, en un catedrático, reconocido experto en Historia Militar, llegando incluso a ser rector de universidad.

La escuela, mejor el ambiente predominante, en los estudios de Historia, especialmente de Contemporánea, era la ya señalada corriente liderada por Tuñón de Lara que había creado un foro, los *Coloquios de Historia Contemporánea de España*, desde su cátedra en la Universidad de Pau, en la que enseñaba desde 1970 Historia y Literatura Española desde una óptica estrictamente marxista, y desde donde se potenciaban los estudios de Historia Social y Económica. Pau se convirtió en centro de peregrinación para una parte importante de los historiadores y humanistas de izquierda del tardo franquismo y primeros años de la Transición.

Tuñón, miembro del PCE, había sido director de la Escuela de Cuadros de las Juventudes Socialistas Unificadas desde 1937 hasta el final de la Guerra Civil. Buena parte de los profesores más jóvenes de la Universidad española en el campo de la historia pasaría en algún momento por Pau como muestra de su rebeldía antisistema y en su búsqueda de la verdadera interpretación de la Historia, que no podía ser otra que a través de un marxismo cada vez más deshecho y desacreditado. Aunque es necesario decir que no todos los que decían haber pasado por los coloquios de Tuñón lo hicieron.



Fue nombrado *doctor honoris causa* por la Universidad de Zaragoza en 1983, una concesión que también recibió en 1984 de la Universidad de las Islas Baleares y en 1985 de la Universidad de Burdeos III. Finalmente, Manuel Tuñón fue nombrado en 1983 Catedrático Extraordinario de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco, en la que luego continuaría como profesor emérito hasta 1991.

Viajar a Pau en la España de los setenta y ochenta resultaba una afirmación de identidad y prestigio equivalente a la que hacían los falangistas al terminar la guerra, en la que miles de azules afirmaban haber tomado café con José Antonio Primo de Rivera, lo que lleva a pensar que el fundador de Falange Española lo

único que hizo en su corta vida fue tomar café. Pau era la Meca de la historiografía marxistizada española.

La aparición de los movimientos pacifistas contra la guerra del Vietnam, el movimiento feminista, el ecologismo, los movimientos estudiantiles europeos y norteamericanos de finales sesenta y comienzos de los setenta y el movimiento de los derechos civiles afroamericanos en los Estados Unidos, cogieron de sorpresa a la nada flexible historiografía marxista que carecía, por su dogmatismo, de explicación e interpretación para estos fenómenos. En un primer momento, estos movimientos sociales ni siquiera despertaron el interés de esta escuela anquilosada en el dogma de la lucha de clases.

Buena muestra del *conservadurismo historiográfico marxista* nos lo da el maestro de historiadores británico, Eric Hobsbawm, que en 1999 admitió no ser capaz de entender la razón por la que los estudiantes franceses se habían echado a la calle en 1968 y cómo su movimiento se había extendido por Europa³:

Ante sus ojos marxistas (de Hobsbawm) anclados en el paradigma de la lucha de clases y el materialismo histórico, esos estudiantes eran privilegiados y burgueses; de la misma manera, el viejo paradigma historiográfico marxista sentía esa misma incompreensión frente a otros nuevos movimientos para los que la doctrina marxista (clásica) no tenía una explicación, como la ecología o el feminismo... en el momento en que fue planteada la historiografía marxista, y a lo largo de sus avances y mutaciones, nunca se había encontrado con le existencia de reivindicaciones de carácter postmaterial que, además, superaba la dialéctica de la lucha de clases, un contexto –el de hace 30 años en España– en el que las soluciones interpretativas del marxismo clásico no parecían poder adaptarse en aquel momento.

La época dorada de la historiografía marxista terminó por un suceso inesperado, la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, que terminó por apuntillar lo poco que quedaba con vigor de la escuela historiográfica marxista. Este suceso cogió tan desprevenidos a muchos historiadores españoles que un famosísimo catedrático de la UNED, que acababa de publicar un libro afirmando que la Guerra Fría se prolongaría por décadas, fue visto recorriendo librerías recomprando sus propios libros para que no trascendiese su enorme patinazo.

Este parón intelectual de la escuela marxista ha permanecido hasta hace bien poco. Resulta necesario reconocer que en España, con la llegada del partido

³ Velasco Martínez, L. «La necesidad de formación historiográfica para el profesorado de historia: Nuevas tendencias historiográficas en Historia Contemporánea», *Clio* 37, <http://clio.rediris.es> (p. 7).

político Podemos, Unidas Podemos, etc. se ha producido un cambio de 180 grados que ha llevado al pensamiento marxista a preocuparse de forma única y exclusiva por los movimientos sociales que antes no entendía ni valoraban, como hemos visto por Hobsbawm, para ahora convertirlos en su bandera, abandonando su interés por la lucha de clases, la vida sindical y muchos de los planteamientos historiográficos que le resultaban incuestionables hace un par de décadas. Todo en favor de nuevas historias como la de la mujer, la de las minorías sexuales, etc⁴. La clase trabajadora, la de las grandes fábricas y la que trabaja en los polígonos que rodean las grandes ciudades, sus problemas y reivindicaciones ya no son objeto de su interés político y por tanto histórico.

Mientras esto pasa en España, fuera la crisis venía de antes. La crisis de la historiografía marxista se produjo, como ha señalado Aurell, al hacerse la historia más humana, porque las meta-narraciones estructurales y marxistas habían sido sustituidas por los pequeños relatos y las narraciones personales con mayor tirón entre los historiadores que habían olvidado los viejos dogmas de Marx que ya tenían un siglo de antigüedad.

Estas afirmaciones de crisis no son solo mías, el profesor J. Fontana en su libro *La historia después del fin de la historia* habla del gran desconcierto que se produjo en la historiografía marxista como consecuencia de haber aplicado formas elementales y catequísticas el marxismo como «su» alternativa a la buena y vieja historia. En 1989 «su» castillo se había desplomado. Santos Juliá también ha analizado esta crisis sobre la base del sentido que tiene la profesión de historiador, afirmando que la mayor parte de los historiadores dejaron de saber para qué servía su profesión, fruto del abandono del marxismo historiográfico. Afirma Santos Juliá: «Donde existía una concepción de la historia, un paradigma científico que unificaba la investigación y un claro objetivo del trabajo histórico, hoy reina la dispersión de concepciones, el desmigajamiento de temas, la pluralidad de métodos y caminos y la falta de un claro propósito»⁵. El fracaso del cómodo catecismo marxista como modelo único de interpretación del pasado, que permitía ajustar el devenir a la humanidad, individual o colectivamente, la existencia de hombre a un molde en el que la historiografía marxista introducía el pasado a martillazos, ha dejado fuera de juego a sus, hasta ahora, convencidos seguidores.

⁴ Aunque en España el éxito de la historia de géneros sólo ha llevado al estudio de la historia de la mujer a diferencia de, por ejemplo Alemania, donde historiadores como Ute Frevert han replanteado la historia de género como algo no privativo del mundo femenino, hablando de historia del género masculino.

⁵ Juliá, S. *¿La historia en crisis?*, El País, Babelia, 29 de julio de 1993.

Se iba a producir el resurgir académico de la biografía, el nacimiento de la microhistoria y el enorme éxito de la vieja y nueva historia militar, lo que provoca sarpullido en viejos budas como Fontana o Juliá. ¡El muro de Berlín ha caído y Stalin ya no resulta tan admirable como nos vendían Alberti, Neruda, Miguel Hernández y Nicolás Guillén en sus elogiosas poesías al mayor tirano del siglo XX!

Redoble lento por la muerte de Stalin de Rafael Alberti



Por encima del mar, sobre las cordilleras,
a través de los valles, los bosques y los ríos,
por sobre los oasis y arenales desérticos,
por sobre los callados horizontes sin límites
y las deshabitadas regiones de las nieves
va pasando la voz, nos va llegando
tristemente la voz que nos lo anuncia.

José Stalin ha muerto.

A través de las calles y las plazas de los
grandes poblados,
por los anchos caminos generales y
perdidos senderos,
por sobre las atónitas aldeas, asombradas campiñas,
planicies solitarias, subterráneos
corredores mineros, olvidadas
islas y golpeados litorales desnudos
va pasando la voz, nos va llegando
tristemente la voz que nos lo anuncia.

José Stalin ha muerto.



Mientras que la historiografía marxista entraba en crisis profunda, va a empezar el florecimiento de la Historia Cultural, Historia de las Mujeres y de Género, de la Vida Cotidiana, Historia de las Mentalidades, de las Relaciones Internacionales y la Microhistoria, etc.

Estas nuevas y viejas historias especializadas no tendrán todas igual éxito en la sociedad que en las universidades y que en institutos de investigación. Solo dos de ellas van a tener tirón fuera de la academia, una nueva y otra vieja, la Historia de la Mujer y la Historia Militar, aunque esta última nunca había dejado de tener interés para el gran público.

La historia militar fuera y dentro de España

En 1976 apareció el libro del británico John Keegan *El rostro de la batalla*. Su publicación despertó un enorme interés fuera de España, pues Keegan eligió como protagonistas a los soldados sin galones que lucharon en primera línea, centrándose en el significado que tuvo para ellos valores y sensaciones como bravura, honor o miedo. Keegan analizó tres batallas muy diferentes, Azincourt, Waterloo y el Somme, para estudiar al soldado de a pie en la situación de máximo peligro.

Este trabajo de Keegan era y es una buena muestra de la Nueva Historia Militar en la que se amplía el universo de estudio del historiador para ya no solo interesarse por el alto mando, por los generales, cobrando ahora protagonismo los soldados rasos, los marineros, los servicios de inteligencia, vencedores y vencidos, prisioneros, refugiados, desertores, cobardes y héroes, los suministros, mutilados y la población civil, todo lo que cada día se convierte en un factor importante y afectado por la guerra. Este nuevo estadio de la Historia Militar afrontaba

ahora el estudio del individuo, cobrando la biografía y la autobiografía, las memorias, mucha más importancia que la enorme que ya tenía en el pasado. Junto a las biografías y a las memorias de Churchill, Eisenhower o Rommel cobran ahora enorme interés las memorias de un simple granadero de la Vieja Guardia Imperial de Napoleón como Jean R. Coignet con sus ya reeditadas, en varios idiomas, memorias *Recuerdos de un viejo grognard* o las cartas escritas desde Rusia por el tío de nuestro compañero de claustro Germán Rueda, el teniente Guillermo Hernández, bajo el título de *Diario de Guillermo en Rusia, 1942*.



Fuera de las fronteras españolas, en los años setenta, ochenta y noventa, la Historia Militar gozaba de una envidiable salud académica y editorial de la que, me arriesgo a decir, no gozaba ninguna otra historia especializada, al menos a nivel de ventas en librería, con la salvedad de los libros de divulgación y libros de historia anecdótica como *La Historia como nunca antes se la habían contado* o *Esto no estaba en mi libro de Historia de España* y otras publicaciones de este estilo.

Señala Cristina Borreguero que ya en los años noventa en España la nueva historia militar comenzó a ser objeto de atención por parte de grupos minoritarios de historiadores que advirtieron su interés, importancia, retraso y minusvaloración académica en relación a lo que estaba ocurriendo al norte de los Pirineos y al otro lado del Atlántico, al tiempo que eran conscientes de su enorme tirón editorial.

Fuera de España la Historia Militar siempre gozó de una excelente salud. No es necesario más que comprobar la larga lista de autores extranjeros de Historia Militar traducidos por nuestras editoriales, que publican para vender, para ver

el interés por estos temas, un interés que la academia, durante un tiempo, condenó, pero que el público español, contradiciéndola, siempre ha seguido comprando con tozuda perseverancia.

En Alemania en los ochenta, la Historia Militar tuvo un destacado papel en la renovación de su historiografía de la década siguiente, los noventa. Surgió el concepto de Historia de la Guerra que supuso un paso adelante sobre el viejo campo de estudio de la guerra y las batallas propia de una visión *rankeniana* de la historia. En una nación como Alemania, que había sufrido dos guerras mundiales sobre las que la sociedad tiene un recuerdo muy vivo, el campo de la Historia Militar se convirtió en una de las nuevas historias con mayor capacidad de innovación metodológica. Muchos de los planteamientos que se estaban aplicando para el desarrollo de la Nueva Historia de Género, paralelamente sirvieron para la renovación de la historiografía de los fenómenos bélicos, pasando a verse la guerra no solo como una confrontación estratégica y táctica entre estados mayores de ejércitos enfrentados, sino también a analizarse como un suceso histórico que involucraba a millones de personas, desde una cantidad enorme de vertientes y puntos de vista, que provocaba un torrente de preguntas a las que el historiador debía buscar respuesta: diferencia entre guerra europea y guerra colonial, sentimientos y motivación de los combatientes, percepción de la guerra y sus calamidades desde la retaguardia, el papel de los animales en el conflicto, etc.

En 1991 el inglés Burker, siguiendo la línea abierta por Keegan, planteaba una Historia Militar en la que volvían a ser objeto de atención los soldados corrientes o incluso los civiles, escribiendo cómo había afectado la guerra su vida. Jay M. Winter señaló la necesidad de acometer el estudio de la guerra desde ópticas muy distintas y nuevas, y también de afrontar una nueva forma de ver la historia de los ejércitos, sin vincularlos estrictamente a un conflicto armado, como parte importantísima que eran de la sociedad. Se tenía que estudiar la guerra, los grandes generales, las armas y la evolución tecnológica militar, su influencia en la sociedad y su impacto en la sociedad civil (heridas, mortandad, hambre...), la táctica y la estrategia, pero también su efecto en la demografía, la prensa y la propaganda de guerra, los movimientos antibelicistas, las nuevas guerras de baja intensidad, la memoria colectiva de los contendientes y las percepción que tenía en cada momento la sociedad de estos sucesos incluida su traslación al mundo documental y al cine de ficción⁶.

⁶ Películas como *Desaparecido en combate* (1984) o *Rambo acorralado* (1982) supusieron una revisión por parte de la sociedad americana, de los hijos de los combatientes, de la guerra del Vietnam que poco o nada tenía que ver con *El Cazador* (1978) o *Nacido el 4 de julio* (1989).

Como era de esperar, más tarde que pronto, a España también llegaron los nuevos aires en historiografía que triunfaba fuera de nuestras fronteras. Pasada por la fuerza de los acontecimientos, la moda de la historia social y económica marxistizante, la Historia Militar recobró el interés académico que, por parte del gran público, nunca había perdido. Esta situación se vio reforzada por la llegada de José Luis Rodríguez Zapatero al poder y la promulgación de la Ley de Memoria Histórica, que convirtió no a la Historia Militar pero sí a la Guerra Civil Española en tema de rabiosa actualidad y que propició una edad dorada para muchos historiadores de contemporánea que vieron en ella un buen caladero para sus trabajos e investigaciones. Muchos de los que unos años antes afirmaban que la Historia Militar no era Historia, en el 2004 se pasaron con armas y bagajes al estudio y análisis de la Guerra Civil española y de sus enormes consecuencias, haciendo cosas historiográficas mucho peores que las que antes recriminaban a los hermanos Salas o a Martínez Bande.

Es cierto que, aparte de todo lo relacionado con la Guerra Civil española, la Nueva Historia Militar empezó a bullir entre algunos sectores de los historiadores españoles. La mejor prueba en España del éxito y unión de la vieja y Nueva Historia Militar son los abundantísimos estudios e investigaciones sobre la División Azul. Junto a los trabajos clásicos de los norteamericanos Gerald R. Kleinfled y L. A. Tambs *La división española de Hitler* y de Carlos Caballero Jurado o Xavier Moreno Juliá, en los últimos tiempos se han publicado numerosas memorias de divisionarios, como las ya citadas de Guillermo Hernández o las del artillero José María Blanch o los peculiares cuadernos del divisionario Luis García-Berlanga, a los que se suman otras memorias de otras guerras como el recientemente publicado *Diario africano, impresiones de un teniente de La Legión* de Rafael Montero Bosch.



Berlanga, el segundo por la izquierda, en primera fila, vistiendo el uniforme de la Wehrmacht durante su paso como voluntario en la División Azul.



Los españoles que lucharon durante la II Guerra Mundial en el Frente Ruso son uno de los temas que más bibliografía produce en España. Están apareciendo constantemente trabajos monográficos propios de la Nueva Historia Militar como los del general Fontenla *Los combates de Krasny Bor* o el monumental libro de Francisco Torres sobre los prisioneros españoles en los gulags de Stalin *Cautivos en Rusia*, así como publicaciones tan propias de la Nueva Historia como la *Historia Postal del División Azul* de Manuel Vázquez o *Las mujeres de la División Azul* de Isabel Uriarte sobre las madrinan de guerra y enfermeras.

Para el gran público, para los lectores de historia razonablemente especializados e, incluso, para los sectores académicos abiertos, no para el especialista centrado en un único tema a lo largo de su toda su vida y que no se dedica nada más que a la república cantonal en Cartagena, los grandes temas son los que justifican en mayor medida la profesión de historiador. En España, desde hace unos años, el gran tema es la Guerra Civil de 1936 a 1939, no solo por su incuestionable importancia histórica, por sus evidentes consecuencias, por la riqueza e interés que tiene en sí misma esta guerra, no en vano es la última guerra romántica, y lo es, sobre todo, por el papel de instrumento político que tiene en la actualidad y que le hace ocupar más espacios informativos a lo largo del año que la investidura del presidente de gobierno. Recuerden que la historia de la Guerra Civil española es Historia Militar pura y dura en sus mejores esencias.

Con la llegada del presidente socialista Zapatero al poder en 2004 se forzó el estudio y lectura de la Guerra Civil española gracias a la Ley de Memoria Histórica (*Ley 52/2007, de 26 de diciembre*). Ley, que sin quererlo, colocó a la Historia Militar y a la Historia Política con ella relacionada en uno de los focos prioritarios de atención de los españoles, al menos en teoría. Así la Vieja y Nueva Historia Militar en

España, que siempre tuvo su público, ahora atrajo a historiadores profesionales que antes la vilipendiaban, como consecuencia de las subvenciones, gabelas, etc. que se avecinaban. A los tres cuartos de siglo de su final, la guerra de 1936 se convirtió en un tema de rabiosa actualidad. Es necesario reconocer que para los especialistas en Historia Militar del campo de la contemporánea se lanzaba a la fama un campo de trabajo con un interés por parte de la sociedad con el que nunca se podía haber soñado y menos a los 65, hoy ya 83, años del comienzo de la guerra.

Esta importancia social de la guerra, de esta guerra, el interés que despierta entre las clases capaces de lectura, en teoría en los políticos, en la prensa, en el cine, en el negocio de las subvenciones, ONGs y asociaciones de la memoria histórica ha provocado que aquellos, que en su día renegaban de la Historia Militar por no ser Historia Historia, estén ahora sumergidos en ella con verdadera devoción.

No debemos olvidar que los historiadores formamos parte de la sociedad y además, como ha escrito el profesor británico John Vincent en su libro *Introducción a la Historia para gente inteligente*, es sabida la incapacidad del historiador para ganar dinero que, unido al feo vicio de comer todos los días, genera un hábito deleznable entre muchos miembros de la profesión de plegarse a la voluntad de los poderosos políticos para escribir relatos históricos al gusto de la clase dominante, para conseguir proyectos de investigación, subvenciones, ser simpático a la ahora todo poderosa ANECA, etc. Ya saben cómo funciona «esto». Afirma Bullón de Mendoza en el prólogo al libro de Vincent⁷:

La descripción que hace Vincent de nuestro gremio no es especialmente halagadora. Los historiadores no son independientes (en la actualidad), sino que pertenecen a un «subdepartamento del estado colectivista» encargado de «el descubrimiento de la verdad histórica». Son funcionarios subalternos con todos los tics inherentes a los mismos: propensión al mal humor, actitud negativa, falta de comprensión y empatía hacia quienes ocupan puestos de responsabilidad: «la experiencia confortante del éxito fácil y natural –que está en la raíz del perdón– es algo que ha podido corromper los corazones de pocos historiadores». Y para Vincent esto no puede menos de tener consecuencias, pues como decía Gladstone, político del que tiene publicada una espléndida biografía, antaño se sobornaba a individuos, pero en la actualidad hay que sobornar a clases enteras. Lo que traducido al caso que nos ocupa significa que el historiador defiende un modelo de sociedad en la que el Estado tiene presencia cada vez mayor, pues al fin y al cabo es quien le da de comer: «La historia que depende de una nómina es la vigente, lo ha sido desde hace algún tiempo, y no va a dejar de serlo».

⁷ Vincent, J. (2013) *Introducción a la historia para gente inteligente*, Actas, Madrid, pp. 12 y 13.

Muchos de los historiadores que habían hecho profesión de fe en la Historia Social y Económica marxistizada han descubierto recientemente el interés, «su» interés, e importancia de la Historia Militar lanzándose a escribir, investigar, debatir, cobrar en el nuevo e inmenso caladero de la Memoria Histórica sobre la Historia de las Guerras. La fundamental Historia Social y Económica ha caído en el olvido enterrada por las nuevas historias y, en especial, por el reverdecer de la Historia Política y la Historia Militar. La Ley de Memoria Histórica ha llevado a que historiadores que despotricaban de la Historia Militar se hayan convertido en verdaderos apasionados del tema, olvidando cuanto habían dicho en las aulas sobre su falta de interés una década antes.

En España la Historia Militar se ha convertido en el principal instrumento para hacer política de la izquierda. Este proceso ya empezó a urdirse en 1985 cuando los profesores Tuñón de Lara, Julio Arostegui, Ángel Viñas, Gabriel Cardona y José María Bricall publicaron el libro *La Guerra Civil Española 50 años después* para luego celebrar en 1986 el congreso con dinero público, ya gobernaba el PSOE en España, *Historia y Memoria de la Guerra Civil*, coordinado por Julio Arostegui. ¿Les suena a algo el título? Congresos de Historia Militar al que siguieron la celebración de nuevos congresos, creación de asociaciones como SEGUEF para el *Estudio de la Guerra Civil y el Franquismo* en 1987 o el empleo de revistas por *Arbor* del CSIC o la fundación de la revista *Perspectiva Contemporánea* en 1987, con la finalidad de difundir una «la» historia oficial de España del siglo XX.

Aquellos que denunciaban la inconsistencia académica, la falta de interés, de la Historia Militar han contribuido a generar un verdadero reverdecer de la misma. Los hijos y nietos académicos de Tuñón, sus alumnos y seguidores, los que defendían el interés único de la Historial Social, pasado el tiempo, ya no citan en sus obras al maestro Tuñón. Muchos de los ayatolás de la Historia Social y Económica, sin decirlo, sin reconocerlo, se han pasado con todo el equipo a la Historia Política y Militar. Buen ejemplo es el muy militante historiográfico profesor Ángel Viñas y algunos de sus compañeros de la Asociación Española de Historia Militar (ASEHISMI)⁸. Ángel Viñas, desde hace un tiempo, publica en cadena libros como

⁸ Se autodefine como: La Asociación Española de Historia Militar (ASEHISMI) es una entidad de naturaleza asociativa y sin ánimo de lucro, cuyo ámbito de actuación comprende todo el territorio español. Constituida el 24 de octubre de 2013, al amparo de lo establecido en la Ley Orgánica 1/2002, de 22 de marzo, reguladora del Derecho de Asociación, se encuentra inscrita, a los solos efectos de publicidad, en el Registro Nacional de Asociaciones del Ministerio del Interior con el número 604436. La Asociación está integrada por un selecto plantel de reputados especialistas en Historia Militar. Actualmente figura en su nómina un total de 214 socios fundadores, de número y juniore, siendo la mayor parte de ellos docentes universitarios y posgraduados de diversas universidades españolas y extranjeras. En sus cinco años de existencia, ASEHISMI ha organizado con gran éxito sendos Congresos Internacionales

El desplome de la República, El escudo de la República, La soledad de la República, El honor de la República, Las armas de la República, Los mitos del 18 de julio, etc. dentro de la más clásica Historia Militar. Viñas se autotitula experto en Historia Militar, experto en armamento, lo que incluso le ha llevado a ser presidente de ASEHISMI. Viñas es economista, técnico comercial y economista del estado.

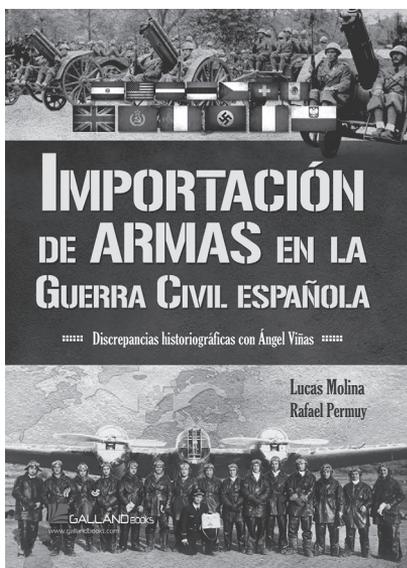


Aquellos PNNs de hace cuarenta años, por la inevitable ley del paso del tiempo, terminaron por sustituir a sus maestros, han renunciado por el camino a su pureza historiográfica y que, en muchos casos, le ha venido bien a la Historia y casi siempre a ellos mismos. Con su generación llegó al combate por la Historia un enorme grupo de historiadores «profesionales», que habían renunciado a escribir libros en favor de artículos en revistas científicas, muy bien posicionadas académicamente pero que nadie leía, y ahora han descubierto una vocación tardía, pero muy fuerte, por la Historia Militar.

de Historia Militar: en la Universidad de Burgos en mayo de 2014; en la de La Rioja en mayo de 2015; en la Academia de Artillería de Segovia en junio de 2016; en el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado (UNED) en junio de 2017, y en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona en junio de 2018. Está convocado el VI Congreso en la Universidad de Granada, en mayo de 2019. Las contribuciones presentadas al primero de ellos se publicaron en 2015 por el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, con el título *La Historia Militar hoy: investigaciones y tendencias*. El libro que recogió las del segundo fue publicado por el Ministerio de Defensa en 2016 con el título *Novela histórica e historia militar*. Las del tercero, por la Fundación Ramón Areces en 2017, bajo el título *Guerra y tecnología: interacción desde la Antigüedad al Presente*. Las del cuarto, por el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado en 2018, con el título *Los efectos de la guerra: desplazamientos de población a lo largo de la historia*, y en el mismo año por la editorial británica Sussex Academic Press, con el título *War and Population Displacement: Lessons of History*. Y las del quinto, por la editorial Los Libros de la Catarata en 2019, con el título *Mujeres en la guerra y en los ejércitos*.

Dentro de la Nueva Historia Militar de factura española, que ahora goza de una enorme buena salud, resulta curioso que los que fueron los estigmatizadores de la Historia Militar hayan terminado escribiendo sobre la guerra, aunque sea la Guerra Civil española, y que la Nueva Historia Militar tenga una línea de investigación, hoy muy potente de historia social relativa a lo militar, en parte gracias a ellos. Una de las mayores producciones de trabajos de investigación y de publicaciones proceden del estudio de la vida de soldados y oficiales, sus orígenes, procedencia territorial, nivel económico y social, capacidades, méritos, retribuciones, su conducta, religiosidad, etc. aunque los estudios sobre batallas, armas y, en esencia la guerra, se siguen llevando la palma.

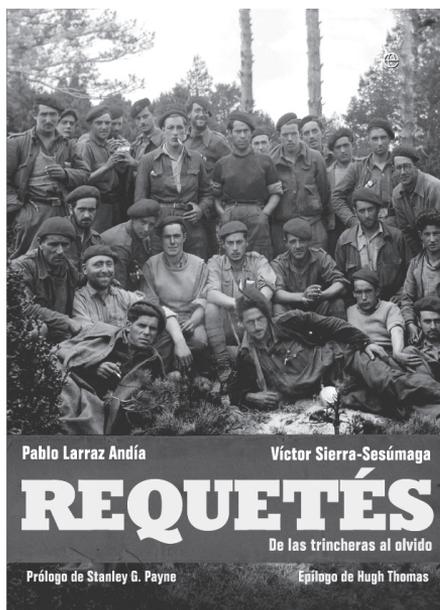
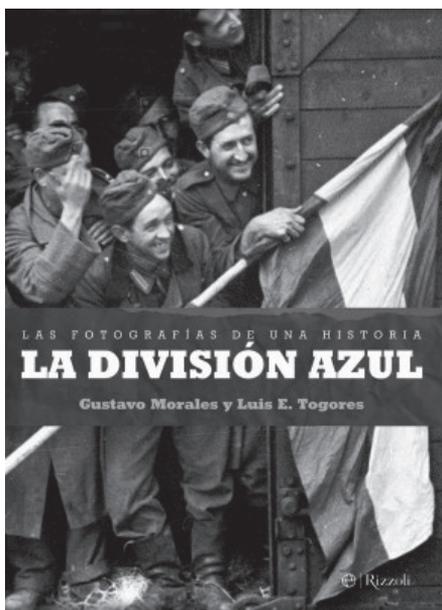
El aluvión de historiadores, vía Guerra Civil, que se han acercado a la Vieja o Nueva Historia Militar han hecho progresar mucho la disciplina en poco tiempo, aunque curiosamente el público general, el que compra libros en La Casa del Libro, FNAC o El Corte Inglés sigue pagando, cada día más, por la vieja buena Historia Militar. No me resisto a hacer una clara declaración anti ANECA, ya que a mi entender es mejor ver un buen libro de historia en La Casa del Libro o en El Corte Inglés, entre los libros más vendidos, que un artículo, por el que, en algunos casos, se han tenido que pagar varios miles de euros o dólares para su publicación, en una revista bien indexada de impacto, pero que no leen más de doscientas personas.



Las nuevas fuentes de la nueva historia militar

Los tiempos estaban cambiando y estos nuevos planteamientos llevaron también a la utilización de nuevas fuentes como la historia oral, las memorias escritas de soldados, los cómics, la novela, la prensa, los documentales, la música, la pintura y la fotografía para estudiar todo lo relacionado con la guerra y la milicia. Entre estas nuevas fuentes y al tiempo que fenómeno social digno de ser historiado en sí mismo nos encontramos, por su contemporaneidad, la arqueología industrial, la fotografía, la producción filmica, de ficción o documental, y las menos estudiadas, pero no menos importantes producciones musicales, pictóricas y artísticas en general, Todas ellas ya tratadas con fuerza por los investigadores de la nueva historia militar.

Fruto de estas nuevas fuentes es la aparición de libros monográficos de fotografías, nacidos de importantes archivos públicos y privados, sobre los conflictos bélicos. Así, nos sirven de ejemplo, los publicados sobre la División Azul o los requetés en la última guerra civil española, con enorme tirón de ventas entre los compradores de libros de historia.



La llegada de las cámaras cinematográficas ha permitido al gran público y a los investigadores acercarse a todo lo relacionado con la guerra con más verosimilitud y realismo que cualquier otra fuente del pasado. Los noticiarios, documentales e incluso el cine de ficción –con sus limitaciones– han aportado y aportan un acercamiento a la realidad de la guerra que antes la literatura e, incluso, la fotografía no conseguía. Imágenes que desde casi los comienzos del siglo xx nos permiten acercarnos al pasado con una certeza de la que, hasta ese momento, carecíamos. Programas como *Apocalipsis*, *la Primera Guerra Mundial en color*, *Mitos al descubierto* o *La Segunda Guerra Mundial en color*, sólo por citar algunos, han servido para ayudarnos a comprender, ver el pasado, la guerra de forma mucho más precisa y acertada que cualquier otra fuente de las que teníamos antes de ahora.



La enorme carga didáctica del documental ha llevado a los historiadores no solo a tratar a través de estos documentos sucesos del siglo xx. La magia del cine ha permitido acercar al público otras etapas de la historia, en las que la Historia Militar tiene una enorme aceptación, con temas como Aníbal cruzando los Alpes con sus elefantes o el Camino Español y la Guerra de Flandes. La vieja y la nueva historia militar, como la historia en general, se ha subido al carro de la modernidad que permiten los nuevos medios audiovisuales para la

reconstrucción académica del pasado como medio para acercar al gran público la Historia⁹.

La vinculación entre el arte y la guerra hoy ha sido y es objeto de, cada vez, más atención académica. La Nueva Historia Militar se fija en Velázquez y en Maíno, en su *La rendición de Breda* y *La recuperación de Bahía de Todos los Santos* o en Goya con *Los Desastres de la Guerra*, incluso ve un instrumento de estudio en la obra de Ferrer Dalmau, autor de cuadros tan significativos como *La Patrulla*. Como ejemplo, sobre este último pintor, la profesora María Rodríguez ha analizado su obra en varios artículos y, especialmente, en el documental *Ferrer Dalmau pintor de batallas*. Ferrer Dalmau es buena muestra del interés que tiene la sociedad por los temas bélicos como se demuestra por la enorme cotización de sus obras y por la larga lista de espera que tienen sus cuadros que son en sí mismos un documento para la Historia Militar.



La música no ha quedado fuera de la Nueva Historia Militar y así piezas clásicas como la *Marcha Radetzky* de Johann Strauss, *La obertura de 1812* de Chaikovski, *La Victoria de Wellington* de Beethoven o el *Coro de los esclavos* de Verdi en su ópera *Nabucco* se convierten, tras el correcto estudio del historiador,

⁹ Aunque es necesario reconocer que la visión que tiene este público está visualmente condicionada, es decir que su cerebro percibe como la verdad las imágenes que le transmite fundamentalmente el cine de ficción. Un cine que condensa en muchos casos horas de combates en escasos minutos, lo que lleva a hacer pensar que la guerra es un tiroteo constante. En cualquier caso, el cine es uno de los medios que, guste o no, acerca al público general a la historia militar con películas tan sensacionales como *El día más largo* o más espectaculares y menos históricas, aunque con un cierto toque de Nueva Historia Militar como *Salvar al soldado Ryan*.

en documentos imprescindibles para intentar conocer en su totalidad el pasado, como ha demostrado Ana Verde en su tesis doctoral. Pero no sólo la música clásica tiene valor para el historiador y para el Historiador Militar, por ejemplo, el disco del grupo nicaragüense *Carlos Mejía Godoy y los de Palacagüina*, titulado *Guitarra Armada*, se convierte en un instrumento para comprender la naturaleza de la lucha guerrillera contra los Somozas. *Guitarra Armada*¹⁰ es un manual de guerrilla cantado para una población en armas pero analfabeta. Las letras de sus canciones explican desde cómo fabricar bombas caseras, a cómo desmontar un rifle Garand o describir los distintos tipos de municiones y su uso.

La Nueva Historia Militar no podía quedar fuera de la moda. Si la sociedad estaba interesada en la Historia de Género, el papel de la mujer en los conflictos bélicos a lo largo de la historia tenía que llamar la atención de la Nueva Historia Militar. Los nuevos estudios tratan desde la pasividad de la mujer recluida en el ámbito doméstico, a su situación como principal víctima de la guerra junto a los niños (el 80% de las mujeres alemanas fueron violadas en la II Guerra Mundial), su relación con los combatientes y hasta el papel de la mujer soldado en el campo de batalla. Hoy en España se hacen tesis como la titulada *Memorias de enfermeras en la Guerra Civil norteamericana; de la dimensión doméstica a la profesional* de A. Choperena Armendáriz.



Editoriales, revistas especializadas, incluso existen librerías solo dedicadas a esta disciplina e incluso los cineastas españoles hacen películas de guerra, por motivos evidentes de taquilla, como la polémica 1898 *Los últimos de Filipinas* de Salvador Calvo y Enrique Cerezo o Amenábar, *Mientras dure la guerra*, con su recreación del enfrentamiento entre Millán Astray y Unamuno en Salamanca el 12 de octubre de 1936. Hoy la Vieja y Nueva Historia Militar gozan de muy buena salud.

¹⁰ <https://www.youtube.com/watch?v=4EkKSItiv94>

Epílogo

El historiador tiene el reto de reunir el cúmulo de datos, actualmente a su disposición de tipo documental, bibliográfico, arqueológico, epigráfico, literario, periodístico, oral y ahora visual y digital, para dar a nuestra sociedad una explicación, una síntesis inteligente y comprensible del pasado. Este reto afecta, especialmente, al historiador de lo militar, ya que su objeto de estudio, la guerra y todo lo relacionado con ella, está alejado, afortunadamente, desde hace tantos años de nuestra sociedad lo que hace que resulte difícil comprender su transcendencia para nuestras vidas.

Como ha señalado Jacques Le Goff, no se puede comprender la batalla si no se tiene en cuenta el azar en la suerte de muchas decisiones, la naturaleza y el momento vital en que se encuentran los jefes militares, el día lluvioso en que se produjeron los combates o cómo el sol de justicia que brillaba en el cielo, unido a la falta de agua, como ocurrió en la batalla de Bailén un 19 de julio, afectó a la moral de las tropas, la bisoñez o veteranía de los soldados, si ese día habían comido bien y podido dormir tras una larga caminata, su moral de combate y si estaban bien suministrados. Todo esto lo tiene que estudiar, descubrir y evaluar el historiador.

La Historia Militar, vieja y nueva, nunca ha podido escapar a contar lo que les ocurre a los hombres en un suceso tan importante como es la guerra, no ha podido librarse de la fascinación que ejercen los relatos de carácter personal que siempre gustaron a los historiadores militares y que ahora están tan de moda porque la Historia Militar es la historia de hombres enfrentados al suceso más grave, más peligroso y trascendente de su existencia, la guerra.

Durante la guerra Ifni de 1957-58 un joven teniente de La Legión, casi un niño, recién salido de la Academia Militar de Toledo, vio cómo uno de sus legionarios, un hombre ya mayor, fumaba tranquilamente paseando por encima de la trinchera en plena noche. Rápidamente el teniente, un oficial bisoño, le ordenó que bajase a la protección de los sacos terreros, a lo que le contestó el viejo legionario:

— Mi teniente, yo estuve en la División Azul, y una guerra en la que no hay muchos muertos no es una guerra de verdad.

Mientras, seguía paseando y dando caladas a su cigarro Celta, disfrutando de la noche africana.

Mucha gracia y buenos días.

Luis E. Togores desarrolla su actividad docente en la Universidad CEU San Pablo de Madrid, donde ha sido Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación y Vicerrector de Alumnos. Catedrático de Historia Contemporánea, en la actualidad es Secretario Académico del Instituto CEU de Estudios Históricos y Director del Departamento de Humanidades de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación. Su investigación historiográfica se ha centrado en el estudio de la Historia Militar y sus vínculos con la Historia de las Relaciones Internacionales y la Historia Colonial, con especial interés en la presencia española en Marruecos, Filipinas, Asia Oriental y el Pacífico, en el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX.

Autor, entre otras obras, de una trilogía de biografías dedicadas a militares españoles africanistas José Millán Astray, Agustín Muñoz Grandes y Juan Yagüe Blanco y de los fotolibros *Falangistas* y *Las fotografías de una Historia, la División Azul*. Junto al profesor Bullón de Mendoza realizó, como guionista y director, la serie de documentales históricos para Telemadrid, sobre la Guerra Civil Española, *Mitos al descubierto: 75 aniversario de la Guerra Civil Española*. Recientemente trabaja en una serie de documentales sobre Historia General de España.

Colabora con el diario *La Razón*, *ABC* y *El Mundo* con artículos de historia. Es miembro de los consejos de redacción de las revistas *Revista Española del Pacífico*, *Ares* y *Aportes*.